

podeis seguirlos ; desead el serlos semejantes , si es que aun no podeis alcanzar de vuestra flaqueza mas que deseos ; favoreced sus santas obras , si es que aun no podeis ejecutarlas vosotros mismos ; y respetando la virtud , procurad merecer el don precioso de aquel Señor , que no dexa sin recompensa deseo alguno de fé y de piedad. Amen.



SERMON
PARA EL MIERCOLES
DE LA TERCERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE EL VERDADERO CULTO.

Populus hic labiis me honorat , cor autem eorum longè est à me.

Este pueblo me honra con los labios ; pero su corazon está distante de mí. *Matth. 15. v. 8.*

VED aqui , Católicos , la nueva alianza ; esto es , ved establecida la religion del corazon , levantado el culto espiritual sobre las ruinas de la supersticion y de la hipocresía , preferidas la obediencia y la misericordia á las ofrendas y víctimas ; opuesto el espíritu que vivifica , á la letra que mata ; despreciada la carne que de nada sirve ; anunciada la piedad que es útil para todo ; en una palabra , las tradiciones humanas , las doctrinas nuevas , los errores populares , y la

re-

religion de los sentidos, ó condenado en sus abusos, ó arreglado en sus procederes.

Bien sé que la heregía halló el siglo pasado en las palabras de mi texto ocasion de error, y pretextos para la calumnia; acusó á la Iglesia de que en este punto habia heredado los errores de la Synagoga. La santa institucion de nuestros Sacramentos; los honores que se tributan á Maria Santisima, y á los Santos; las abstinencias y las vigiliass; el adorno de los templos y altares; el exterior y respetable aparato del culto; las mas antiguas y universales costumbres; aquellas, cuyo origen oculto en los mas remotos tiempos, fundan en la misma ignorancia de su principio la prueba mas decisiva de su santidad: Todo esto en la boca del scisma no era mas que tradiciones humanas, contrarias á la ley de Dios; y los abusos á que la supersticion y la ignorancia conduxo á las almas simples en los siglos precedentes, se nos imputaron como si fueran la fé y la comun creencia de todas las Iglesias.

Despues, ¡oh Dios mio! Vos habeis reparado las ruinas de vuestra casa; habeis juntado las dispersiones de Israel; la tierra feliz que habitamos, toda usa el mismo idioma; el fatal muro de separacion ha sido destruido, y vuestro Santuario ve dentro de su recinto á Samaria y Jerusalén, que no forman ya, como antiguamente, sino un mismo pueblo al pie de vuestros altares; á Vos toca ahora, ¡oh Señor! mudar el interior, atraer los corazones, iluminar los entendimientos, que acaso solamente han cedido á las fuerzas de los hombres, para que no solo no haya mas que un rebaño y un Pastor, sino tambien para que no haya mas que un corazon y una alma en vuestra Iglesia.

Pero es necesario, Católicos, que junteis vuestros exemplos á nuestras oraciones; nuestros hermanos que se convierten, deben acabar de desengañarse, mas con vuestras costumbres, que con nuestras instrucciones.

¿ pues

¿ pues cómo quereis que nosotros los inspiremos respecto á los santos ejercicios del culto, quando vosotros autorizais su desprecio con el que haceis vosotros mismos, y les dais motivo para que los miren como supersticiones, con el abuso que de ellos haceis?

Hoy, pues, que he de tratar una materia tan importante, quiero explicaros las reglas de la piedad christiana, y el espíritu del verdadero culto, é impugnar dos errores opuestos, que en este asunto me parecen igualmente peligrosos. Hay entre nosotros algunos fieles, que hacen gala de despreciar todos los ejercicios exteriores de la piedad, que los tratan de devociones populares, y continuamente nos dicen que Dios solamente mira el corazon, y que todo lo demás es inutil; primer error que intento impugnar. Otros hay, que despreciando lo esencial de la ley, ponen toda su confianza y toda su religion en estas exterioridades; segundo error, acerca del qual procuraré tambien instruirlos. No despreciéis los ejercicios exteriores del culto y de la devocion, porque eso sería una soberbia y una singularidad reprehensible, y no adorariais al Señor en verdad: No tengais tanta confianza en estas exterioridades, que creiais que sin cuidar de purificar vuestro corazon, y de arreglar vuestras costumbres, bastarán para hacer os agradables á Dios: Esto sería el error de los Fariseos, y no adorariais al Señor en espíritu: No despreciéis las exterioridades del culto y de la devocion, ni tampoco abuseis de ellas. Este es todo el asunto de mi oracion. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRI-

PRIMERA PARTE.

SUpongo desde luego, Católicos, que el verdadero culto, si le consideramos en sí mismo, y sin respeto alguno al presente estado del hombre, es puramente interior, y todo se consume en el corazón. Toda la religion de los Bienaventurados Espiritus consiste en adorar al Sér Supremo, en contemplar sus divinas perfecciones, y en unirse á él con santos movimientos de un amor puro y perfecto, en la alabanza, en la bendición, y en la acción de gracias, y esta es la religion de los justos que nos han precedido con la señal de la fé; esta hubiera sido la religion del hombre en el estado de la inocencia, dice San Agustin, si despues de haber caído de aquel estado de santidad, en que fue criado, no hubiera sido condenado á vivir arrastrado sobre la tierra, sin poderse levantar ácia su Criador sin el ministerio de las mismas criaturas que le habian apartado de él.

Nosotros como somos sucesores de su infidelidad, lo somos tambien de su pena; como hijos de un Padre carnal, nacimos carnales como él; nuestra alma embuelta en los sentidos, casi no puede pasarse sin su ministerio; nuestro culto necesita de objetos sensibles, que ayuden nuestra fé, que despierten nuestro amor, que mantengan nuestra esperanza, que faciliten nuestra atencion, que santifiquen el uso de nuestros sentidos, y que nos unan con nuestros hermanos: Esta es la religion de la tierra, estos son símbolos, sombras, enigmas, que nos fixan, que nos purifican, y nos unen. Abél ofreció sacrificios: Enoch invocó el nombre del Señor con el aparato de las ceremonias sensibles; los Patriarcas levantaron Altares;

la

la ley vió multiplicarse infinitamente sus ejercicios y observancias: la Iglesia, por ser mas espiritual, no tuvo tantos ejercicios exteriores, pero no estuvo sin ellos: Tiene un Dios, que quiso encarnar y hacerse visible, para introducirse por medio de los sentidos hasta lo íntimo de nuestros corazones; y este Misterio, continuado en nuestros Altares baxo unos signos místicos, debe servir de ejercicio y de consuelo á nuestra fé hasta la consumacion de los siglos.

Los hombres, pues, no pueden pasarse sin un culto exterior que los una, que los distinga de los infieles y sectarios, con que edifiquen á sus próximos, y que sea una pública confesion de su fé. Por eso Jesu-Christo juntó á sus pueblos baxo una cabeza, y baxo pastores visibles; los unió entre sí con la participacion exterior de unos mismos Sacramentos; los sujetó á los mismos signos sensibles; y dió á su Iglesia un carácter resplandeciente de visibilidad, en el que nadie puede engañarse, que siempre la ha servido de baluarte contra todas las sectas, y contra los espíritus de error que en todos tiempos han querido levantarse contra ella.

Con todo eso, no ha sido sola la heregía la que ha pretendido limitar todo el culto al interior, y mirar todos los ejercicios exteriores como supersticiones populares, ó devociones inútiles. Puede muy bien decirse que este soberbio error ha reynado en el mundo en todos tiempos. Continuamente estamos oyendo decir, que la verdadera devocion está en el corazón, que puede muy bien uno ser hombre de bien, justo, sincero, humano y generoso, sin levantar el estandarte, sin manifestar ansia por todas devociones, sin tener por culpa la distincion de las viandas, que no son perjudiciales á la salud, porque lo que entra por la boca no es lo que mancha al hombre, sino lo que sale del corazón, y sin una exâctitud pueril en ciertos ejercicios, cuya institu-

cion mas se debe á los Claustros que á los Apostoles; y que las obligaciones del Christianismo son mas espirituales, mas sublimes, y mas dignas de la razon, que toda la menudencia de devociones á que sujetamos la gente sencilla. Es decir, que la sabiduría del mundo opone tres pretextos para autorizar una tan peligrosa ilusion; á saber, la inutilidad de los ejercicios exteriores, su debil imposibilidad, y el abuso que de ellos se hace. Impugnaré estos tres pretextos, y probaré la utilidad, la sabiduría, y el verdadero uso del culto exterior.

Nos oponéis en primer lugar, que la esencial devocion está en el corazon, y que todas estas exterioridades son inútiles; pero yo pudiera preguntaros desde luego: ¿Quando separáis este culto exterior que tenéis por tan inútil, sois fieles á lo menos en lo que vosotros mismos afirmáis ser esencial? Quando despreciáis todo lo que os parece superfluo en la religion, ¿cumplís á lo menos con las obligaciones indispensables de la ley de Dios? Con persuadiros que basta entregar el corazon á Dios, ¿se le entregáis, al mismo tiempo que tenéis entregado todo el exterior al mundo? A vuestra conciencia llamo por testigo en este asunto. ¿Glorificáis á Dios en vuestro cuerpo, no haciendole servir á las pasiones injustas? ¿Cumplís con todas las obligaciones de padre, de esposo, de amo, de hombre de República, y de Christiano? ¿No tenéis que reprehenderos en orden al uso de vuestros bienes, en las funciones de vuestro cargo, en la naturaleza de vuestros negocios, y en el buen orden de vuestra familia? ¿Teneis el corazon libre de todo rencor, de toda envidia, de todo deseo de venganza contra vuestros próximos? ¿Ofendeis alguna vez con vuestras maquinaciones, ó con vuestros discursos, su inocencia, su fama, ó su fortuna? ¿Amais á Dios mas que á todas las cosas, mas que á vuestros intereses, mas que á vuestra fortuna, mas que á vuestros placeres, mas que á vuestras inclinaciones? ¿quereis antes perderlo todo que desagradar-

darle? ¿Os negais continuamente á vosotros mismos? ¿Vivís de la fé sin hacer caso de todo lo que es percedero? ¿Mirais al mundo como enemigo de Dios? ¿Llorais los desordenes de vuestras pasadas costumbres? ¿Teneis un corazon penitente, humillado y deshecho baxo de ese exterior mundano? ¿Teneis horror á sola la apariencia del mal? ¿Huís de las ocasiones? ¿Buscáis los remedios contra ellas? Este es el punto esencial que tanto nos ponderais, ¿sois fieles en él? No, Católicos, solamente las almas entregadas al mundo, y á sus placeres, nos están continuamente diciendo, que basta entregar el corazon á Dios, y que este es el punto esencial; y consiste en que, como se vé claramente que no dán á su Magestad el exterior, procuran persuadirse para vivir tranquilos que los ejercicios exteriores no son necesarios, y que solo atienden al corazon, el que nunca conocemos suficientemente nosotros mismos, y acerca del qual podemos muy facilmente engañarnos.

Pero, Católicos, el que ya tiene su corazon arreglado, y ha entregado sinceramente á Dios su amor y sus afectos, éste no cuida de disputarle las exterioridades, y la manifestacion de los movimientos de eterna salud que le inspira. Lo que cuesta trabajo, y en lo que consiste la gran dificultad de la virtud, es en el sacrificio del corazon; y así quando esto ha llegado á conseguirse, todo lo demás nada cuesta, todo se allana, todo es facil; no teniendo ya las aficiones exteriores raiz alguna en el corazon, se deshacen por sí mismas, y no pueden subsistir; todos los días estamos viendo en el mundo algunas personas que con un corazon aun mundano y desarreglado hacen obras exteriores de piedad, cumplen con las obligaciones públicas de misericordia, y se exercitan en algunas obras santas; aun las almas mas mundanas, y mas engolfadas en las pasiones, mezclan regularmente con sus placeres, y con sus infames flaquezas, algunas obras exteriores de religion y de misericordia para estar tran-

quilas con una vida absolutamente pecaminosa, ó para minorarse á sí mismas su horror y su infamia; pero no se vé alma alguna, que despues de haber entregado sinceramente su corazon á Dios, despues de haber roto los lazos de las pasiones, y apartadose de todas las ocasiones de pecado, dexé de dar alguna exterior señal de su mudanza, que persevere en las mismas amistades, en las mismas diversiones, en las mismas inutilidades, y en el mismo olvido de las cosas santas; que no se advierta en ella alguna distincion en las obligaciones exteriores de la piedad, y que límite toda su conversion á una mudanza quimérica que no se manifiesta, mientras conserva el mismo exterior que antes: ¡Ah! la costaria mucho trabajo el no dar algunas señales exteriores de respeto al Dios que ama y adora; la reprehenderia su conciencia de que no sentia en sí fervorosas ansias de honrarle con sus demostraciones; apenas tiene la religion medios y ejercicios suficientes para satisfacer al amor de un corazon fiel. En una palabra, no es difícil el cumplir con algunas obligaciones exteriores de devocion, con un corazon aun mundano; pero el corazon que ya es Christiano no puede privarse de estos ejercicios exteriores.

Por otra parte, la misma ley que nos obliga á creer con el corazon, nos manda confesar con la boca, y dar señales públicas y patentes de nuestra fé, y de nuestra piedad: Lo primero, para dar gloria al Señor que es nuestro Dios, y confesar en presencia de todos los hombres que él solo merece nuestras adoraciones y respetos: Lo segundo, para no ocultar con una culpable ingratitude los secretos favores que nos ha dispensado, y animar á todos los testigos de las misericordias que ha usado con nosotros, á que junten sus acciones de gracias con las nuestras: Lo tercero, para no retener la verdad con injusticia por una cobardía indigna de la grandeza del Señor á quien servimos, é injuriosa á la bondad del Dios que nos ha iluminado: Lo quarto, para edificar á nuestros pró-

ximos, y animarlos á la virtud con nuestro exemplo: Lo quinto, para animar á los flacos, y confortarlos con nuestra firmeza contra los insensatos discursos del mundo, y las públicas burlas que en él se hacen de la virtud: Lo sexto, para reparar nuestros escandalos, y ser olor de vida, así como antes habiamos sido olor de muerte: Lo septimo, para consolar á los justos, y darlos motivo con el espectáculo de nuestra mudanza de vida, para que bendigan las riquezas de la Divina misericordia. ¿Qué mas diré? para confundir á los impíos, y á los enemigos de la religion, y obligarlos á que confiesen en su interior que aun hay virtud en la tierra.

Este es el fruto de las obras exteriores que teneis por tan inútiles. Los justos de todas las edades han obrado su eterna salud, distinguiendose del mundo por sus costumbres, por sus máximas, por la decencia y modestia de sus adornos, huyendo de las diversiones públicas, ejercitandose con santo fervor en todas las obligaciones exteriores del culto y de la piedad. Vosotros mismos, que parece haceis tan poco caso de estas exterioridades de la virtud, quereis no obstante, que se hallen en los siervos de Dios, y luego que los veis imitar las costumbres y procederes del mundo, y que en su exterior no se distinguen de los demás hombres, sois los primeros que censurais su devocion; decís, que los canonizan á poca costa, que á ese precio es fácil servir á Dios, y ganar el cielo, y que vosotros seriais muy presto grandes Santos, si para eso no se necesitara mas; y de este modo os contradecís á vosotros mismos, y os confundís por vuestra propia boca.

Pero la falsa sabiduría del mundo opone otro nuevo pretexto á la exterioridad del culto y de la devocion; y halla en ella simplicidad y flaqueza: la frecuencia de los Sacramentos, la asistencia á la Iglesia, la oracion comun y doméstica, la visita de los lugares de misericordia, el zelo por las obras de piedad, la modestia en el vestir, la diaria asistencia á los Santos Misterios, la santificacion de

las fiestas, el respeto á las leyes de la Iglesia, la exâctitud en la observancia de algunos santos exercicios; todo esto se tiene por religion popular, y no se mira como exercicios dignos del espiritu; quisieramos una religion que no formase fieles, sino Filósofos; solemos decir, que estas menudas devociones son buenas para éste, ó aquel, cuyo talento no alcanza mas; y nos parece que honramos nuestra capacidad con despreciar la misma religion.

Pero, amados oyentes míos, ¿os parece á los que hablais de este modo, que el desorden de vuestras costumbres, y la baxeza de vuestras pasiones no están desmintiendo esa ponderada elevacion de espiritu, que os hace mirar los exercicios exteriores de la piedad como propios de las almas flacas y vulgares? En esto sí que debierais preciaros de talento, de elevacion, de valor, y de grandeza de alma. Yo hallo en vosotros todos los defectos de las almas mas indignas y viles; os veo soberbios con escandalo, vengativos con furor, vanos con puerilidad, envidiosos con baxeza, y sensuales con disolucion; veo en vosotros una alma de vil barro, que se dexa arrastrar de un deleyte, abatir de una aficion, corromper de un vil interés, llevar de un vislumbre de prosperidad, y á la que solamente guía el instinto de los sentidos como á los irracionales; nada veo en vosotros que sea grande, nada que sea sublime, nada que sea digno de la fuerza y grandeza de la razon; y asi está muy mal en vosotros el decirnos, que las menudencias de la devocion exterior se deben dexar para los espiritus débiles, y para las almas vulgares.

La verdadera fuerza, y la unica elevacion del espiritu y del corazon, consiste, Católicos, en dominar las pasiones; en no ser esclavos de los sentidos, ni de los deseos; en no dexarse gobernar por los antojos del genio, y por las inconstancias de la imaginacion; en ahogar un pesar, y una secreta envidia; en ser superior á los acontecimientos, y á las desgracias; en esto consiste el tener una alma grande, y un talento superior y ele-

va-

vado; esto es lo que precisamente se halla en los justos á quienes tanto despreciais, teniendolos por espiritus cobardes y vulgares. Estos justos son unas almas valerosas que perdonan las mas sensibles injurias; que ruegan por los que los calumnian y persiguen; que no sienten los movimientos de las pasiones, sino para tener mas mérito en reprimirlas; que no se dexan corromper de un vil interés; que no saben sacrificar la obligacion, la verdad, ni la conciencia á la fortuna; que rompen con valor los mas tiernos y amorosos lazos, luego que la fé los manifiesta el peligro; que se privan de los mas inocentes placeres; que se portan como Heroes contra todo lo que tiene apariencia de mal; pero en punto de religion son sencillos, humildes, dociles, y se precian de su docilidad, y de la simpleza que se les atribuye; son prudentes en el mal, y sencillos en el bien; vosotros al contrario; quando se trata de moderar vuestras pasiones sois mas cobardes que las almas mas viles y vulgares; vuestro entendimiento, vuestra elevacion, la fuerza de vuestro espiritu, vuestra Filosofía tan ponderada, todo os abandona; sois un niño, juguete de las mas indignas y pueriles pasiones; sois una debil caña, á la que el viento mueve á todas partes; pero en las obligaciones de la religion os preciais de singularidad, de elevacion, y de fuerza. Esto es, quereis ser fuertes contra Dios, y sois cobardes con vosotros mismos.

Además de esto: Mirais las santas costumbres tan respetables por la fé de todos los siglos, por la piedad de todos los justos, y por las reglas de la religion, como exercicios populares y poco convenientes para unos hombres como vosotros. ¿Pero qué se halla en vuestras mas grandes y mas sérias ocupaciones segun el mundo, que sea mas digno del hombre, y del Christiano, que los mas populares exercicios de la piedad, cumplidos con espiritu de fé, y de religion? ¿Acaso los cuidados de la fortuna? ¿Aquellas ruindades que haceis para conseguir

lo

lo que deseais, á pesar de vuestra soberbia, que interiormente se avergüenza? ¿Aquellas vilezas para destruir al competidor, y elevaros sobre sus ruinas? ¿Aquel continuo arte de fingir, sin ser jamás lo que pareceis? ¿Aquel pueril teatro donde teneis precision de representar un personage fingido? ¿Aquellas condescendencias, y aquellas adulaciones indignas, á unos Gefes, y á unos Protectores á quienes teneis por merecedores del mayor desprecio? Esto es lo mas excelente de la vida de la Corte. Ahora bien, en este estado, ¿vivís satisfechos de vosotros mismos, de vuestro talento, de la fuerza, y falsa superioridad de vuestro espíritu? ¿Os parece esto mas grande y mas sério, que los mas familiares ejercicios de una devocion tímida y sencilla? ¡Gran Dios! ¿Podrán los amadores del mundo echar en cara á vuestros siervos la baxeza y simplicidad de sus ocupaciones, no siendo su vida mas que una continua sucesion de puerilidades, de ficciones, de flaquezas, de perfidias, y de indignos ardidés, á los que han querido poner nombres honoríficos? ¿Qué son en vuestra presencia las mas ruidosas empresas de los Principes y Conquistadores, sino las fatigas de una araña, como dice vuestro Profeta, que se desvanecen con el mas leve soplo? Las obras mas vulgares de la religion, que se dirigen á honraros, ¿no tienen en sí alguna cosa mayor, mas real, y mas gloriosa para la criatura, que los reynos del mundo, y toda su gloria? Un David danzando delante de vuestra Arca Santa para solemnizar el feliz dia de su translacion, y confundido entre su pueblo, tributandoos los mas sencillos y vulgares respetos de la piedad, ¿no era mas grande á vuestros ojos que quando volvia de sus victorias y conquistas? Y la soberbia Michól, que trató su devocion de simplicidad y flaqueza, ¿no quedó cubierta con el oprobrio de una perpetua esterilidad? ¿La fé no dá estimacion á todo? ¿No es grande quanto se hace por vos, pues todo es digno de la inmortalidad?

Lo

Lo que nos engaña, Católicos, es que tenemos formada una grande idea del mundo, de sus vanidades, de sus pompas, de sus honores, y de sus puestos, y no miramos con los mismos ojos las obligaciones de la religion: Pero una alma fiel, á quien la fé coloca en un punto de elevacion, desde donde todo el mundo y sus grandezas no la parecen mas que un atomo, mira todo lo que pasa en la tierra, los grandes sucesos que parecen trastornar el mundo, aquellas revoluciones que excitan tan diferentes pasiones entre los hombres, aquellas victorias celebradas por tantas bocas, y que mudan la suerte de tantos pueblos, todo esto lo mira como mutaciones de teatro, que solamente admiran y divierten á unos expectadores ociosos y engañados, porque no ven la flaqueza del artificio, y la pueril y oculta fuerza que las hace mover, escondiendo el despreciable misterio: mira á los Principes y Soberanos, aquellas almas ilustres, en cuyas manos está la suerte de los pueblos y reynos, y á las que no obstante tributa el respeto y obediencia debidos al sagrado carácter de que están revestidos, los mira, quando se olvidan de Dios de quien tienen el poder y la autoridad, como á aquellos Reyes que levantan los niños entre sí, cuyos Cetros y Coronas, y cuya Magestad é Imperio imaginarios nada tienen de real y verdadero, mas que la puerilidad de la niñez. Ved ahí como el espíritu de Dios, y el espíritu del mundo juzgan distintamente; como á los justos les parece vano y pueril lo que á vosotros os parece tan grande y maravilloso; y como vosotros tratais de puerilidad lo que á ellos les parece unicamente digno de la grandeza y de la excelencia del hombre.

Y quando hablo de los justos, no os parezca, Católicos, que hablo precisamente de los que viven entre nosotros, cuya fidelidad exterior tanto despreciais; como si fuera efecto de una capacidad corta y limitada; hablo de los justos de todos los siglos, de los mayores

Tomo IV.

Oo

hom-

hombres que ha habido en la religion, de los primeros discipulos de la fé, de aquellos Heroes de la gracia, á quienes los mismos Paganos se veían precisados á respetar, y cuya grandeza de alma, cuya elevacion y verdadera sabiduría excedió á toda la Filosofia de Roma, y de Athenas.

Sí, Católicos, aquellos hombres tan generosos en medio de los tormentos, tan intrépidos en presencia de los Tiranos, tan insensibles en la pérdida de los bienes, de los honores, y de la vida, eran hombres sencillos, religiosos, y fervorosos. Entre ellos el Doctor, y el Profeta respondían á las bendiciones comunes como el mas idiota; un Pablo, y un Bernabé, aquellos hombres que fueron tenidos por Dioses, asistían al templo á orar, del mismo modo que el pueblo simple. Los mismos Apóstoles llenos de aquel espíritu que es el Señor de las ciencias, y fuente de las luces, iban á la hora acostumbrada á adorar con todos los Judios, y entonces para hacer una vida espiritual no se necesitaba de otra fé distinta de la del pueblo.

No, Católicos, quanto mas me acerco al principio, mas sencillez hallo en el culto. En aquellos primeros tiempos vereis una devoción tierna, fervorosa, unánime, que procuraba manifestarse con ejercicios sensibles, y consolarse con estas mutuas señales de fé y de religion. Los fieles congregados ofrecían todos juntos al Señor un Sacrificio de alabanzas con hymnos y cánticos espirituales: celebraban con un santo fervor aquellos comunes banquetes de caridad, que precedían á los Santos Misterios, y en los quales con la sencillez de la fé, cada uno comía con acción de gracias; se daban el beso de paz, suspirando por aquella paz inalterable que no podían esperar del mundo, y por aquella eterna union que ha de consumir la caridad en el cielo; lavaban los pies de los que evangelizaban los bienes verdaderos, y los bañaban con sus lágrimas; atravesaban los Reynos y Provin-

vincias para tener el consuelo de tratar á un discipulo que hubiese visto á Jesu-Christo: recibían en sus casas á los hombres Apostólicos como á Angeles de Dios, y los ofrecían los sincéros afectos de su caridad; sus familias eran Iglesias domésticas, en las que los ejercicios de la religion eran las funciones mas comunes: las oraciones puras y sencillas, aunque llenas de fé, las costumbres inocentes, el instruir á los hijos en que conociesen y adorasen al Dios del cielo y de la tierra, en que esperasen en Jesu-Christo, y le confesasen generosamente en presencia de los Tyranos, el candor, la fidelidad, y el temor del Señor eran los caminos mas sublimes, y lo mas superior de su piedad. Con todo eso, aquellos hombres sencillos fueron los fundadores de la fé, la mayor parte de ellos testigos de la Resurreccion de Jesu-Christo, los primeros Mártires de la Iglesia, unos hombres á quienes parece que no se les había dado el Espíritu Santo con medida, y que además de la caridad habían tambien recibido la plenitud de los dones milagrosos.

Los siglos siguientes nada mudaron de este espíritu: en ellos se juntaban los fieles sobre los sepulcros de los Mártires, y llevaban allí con sencillez sus votos y sus ofrendas. ¿Qué respeto no tenían á los lugares teñidos con su sangre, en donde aquellos generosos Confesores de la fé habían consumado su Sacrificio? ¿Qué piadosas ansias por conservar las preciosas reliquias de sus cuerpos, que se habían libertado del furor de los Tyranos? ¿Pues qué diré del zelo y de la piedad de nuestros padres en los siglos posteriores? ¿Qué suntuosos Templos no levantó en nuestras Ciudades la devoción á Maria Santísima? ¿Qué dones y riquezas no consagraron á la Magestad del culto? ¿Quántas piadosas fundaciones no dexaron para mantener la fé de los Christianos? ¿Qué viages no emprendían para ir á honrar los santos lugares, y venerar los vestigios que aun

permanecian de los misterios y milagros del Salvador? Puede ser que en algo se excediesen, porque mi intento no es justificarlo todo; ¿pero qué sé yo, ¡oh Dios mío! si aquellos piadosos excesos de zelo y de sencillez, os honraban mas que las vanas cabilaciones de nuestro siglo? A lo menos, si habia abusos no despedazaban vuestra Iglesia, como el funesto Scisma que ha querido reformarlos, que con pretexto de darnos una religion mas pura, ha establecido errores en lugar de los abusos que se habian introducido, que ha trastornado el fundamento de la fé, por querer quitar las superfluas decoraciones del edificio, que ha substituido al exceso de credulidad un espiritu de rebellion, y de independencia, que ya no conoce el yugo, y que no teniendo mas regla que la vanidad de sus propias luces, ha visto multiplicarse sus desórdenes con sus discipulos, y ha producido casi tantos inventores de nuevas sectas, como ha tenido Doctores de la mentira.

Pero me direis que no me canse, pues por mas que diga, es certisimo que aun hay el dia de hoy una infinidad de gentes que abusan de todas estas exterioridades de la devocion; que este es un velo de que se sirven para ocultar con mas seguridad lo que tienen interés en que no vea el público; que hay muchas personas á quienes no quisierais pareceros en la rectitud, en la sinceridad, en la equidad, en el desinterés, en la humanidad, y aun acaso tampoco en la regularidad de sus costumbres, y que con todo eso concurren á todos los ejercicios de devocion, freqüentan los Sacramentos, se imponen muchos ejercicios piadosos, y asisten á casi todas las buenas obras.

A esto os respondo en una palabra, que esto es lo que se debe evitar, como diré mas adelante; que los abusos de la devocion no deben atribuirse á la misma devocion; que el mal uso que algunos hacen de ella, prueba solamente que la corrupcion de los hombres abusa

aun

aun de las cosas mas santas, y que asi debeis practicar estos piadosos ejercicios con disposiciones mas puras, y con motivos mas christianos; que debeis acompañar estas piadosas exterioridades con una vida santa, con una conciencia irreprehensible, con una fidelidad inviolable á todas vuestras obligaciones; que el despreciar la virtud porque algunas personas abusan de ella, sería caer en una ilusion mas peligrosa que la que se reprehende; y que el mejor modo de condenar los abusos, es enseñar con el exemplo el verdadero uso que debe hacerse de las cosas de que abusamos.

No, Católicos, no pretendo aprobar ahora lo que he de reprobar despues; pero no quisiera que el zelo contra los abusos de la virtud fuese una continua sátira de la misma virtud. Quisiera que dexando á Dios el juicio de los corazones, representasemos unas exterioridades con que se le honra. ¡Ah! El mundo está ya lleno de tantos incrédulos y libertinos, hay tantos impíos que impugnan con blasfemos discursos, no solamente los piadosos ejercicios del culto exterior, sino tambien la doctrina de la fé, y la verdad de nuestros mas respetables Misterios, que nos conviene respetar lo que pudiera tenerse por exceso de piedad en los ejercicios exteriores de la religion, con tal que esto no sea en ofensa de la misma religion. Estas son reliquias de las costumbres antiguas, y de aquella inocente sencillez, que es muy conveniente el conservar: Debemos considerarlo como una especie de pública satisfaccion que dá la religion de los pueblos á la grandeza de la fé contra las blasfemias de los impíos que la deshonran; y debemos ser muy mirados en condenar los abusos, por no autorizar el libertinage.

Es verdad, que la diferencia de los respetos exteriores no distingue en la presencia de Dios á los buenos de los malos. Las Vírgenes necias, y las prudentes.